

CAPÍTULO IV

JOSIAH WARREN

LAS condiciones mismas del país han hecho que el liberalismo americano tuviera muy poca confianza en la *mano ordenadora del Estado*. Los Estados Unidos eran un país de creadores de un mundo en desarrollo y que sigue siéndolo hasta cierto grado. La civilización se extendió lentamente hacia el Oeste, y donde quiera que llegaron los colonizadores, se encontraron a merced de las propias fuerzas y tuvieron que crearse las nuevas condiciones de vida a costa de la propia energía. El Estado podía serles de poca utilidad, pues no contaban con posibilidad alguna. La reunión voluntaria con los vecinos para garantizar la seguridad recíproca y para la solución de todos los problemas de la vida práctica, les aseguraba una protección incomparablemente mayor que la que podía ofrecerles el gobierno. De esas condiciones singulares de país nuevo brotó aquel rasgo de la auto-ayuda y de la confianza en la propia fuerza, tan característico de aquel capítulo de la historia americana.

Mientras el europeo llevaba la pesada carga de

tradiciones milenarias y sentía a cada paso, desde la cuna a la tumba, la tutela de una alta soberanía, los colonizadores de América habían entrado en la historia con ligero equipaje y hallaron en este país gigantesco, con muy escasa población todavía, mil posibilidades de una actividad independiente, que en Europa habían desaparecido hacía mucho tiempo. Pero ese estado de cosas tenía que ejercer lógicamente una influencia no insignificante en la conformación espiritual de los hombres, influencia que se hizo sentir claramente en los portavoces del liberalismo americano. El desenvolvimiento económico del país, el monopolio de enormes territorios y el crecimiento de la industria hicieron que una parte cada vez mayor de la población en las comarcas densamente habitadas cayese bajo la dependencia de minorías privilegiadas; dependencia de la que no podía redimirse ningún concepto abstracto de la libertad. Es verdad que la Constitución garantizaba a cada ciudadano el derecho a *la vida, a la libertad y a la dicha*, pero ese derecho perdía una parte importante de su significación originaria para aquellos que, a causa de sus condiciones económicas de vida, se veían forzados a vender a otros el producto de su trabajo o su fuerza de trabajo a un precio que no podían discutir. El principio de la democracia política, la *soberanía del pueblo*, fué de ese modo esencialmente lesionado, y era muy natural que ese estado de cosas incitase a los hombres muy pronto a pensar y les llevase a la idea

de que solo podían ser aseguradas al individuo la libertad y la dicha cuando se le ofreciese la posibilidad de una existencia segura y económicamente independiente.

En realidad, se encuentran ya en los escritos de Paine y Jefferson numerosas indicaciones que llaman la atención sobre la influencia del desarrollo económico en los principios de la democracia. De la *Political Justice* de William Godwin apareció ya en 1796 una edición en Filadelfia. La edición de una obra tan voluminosa, que defendía la liberación económica y política del hombre, no puede menos de ser una prueba de que ya entonces había en los Estados Unidos hombres que se ocupaban de esos problemas. De los socialistas nativos de aquel primer período es también William Manning (1744-1814) y merece mención su libro *La Llave de la Libertad* (*The Key of Liberty*). Max Nettlau menciona además de esta obra otros dos trabajos: *A History of Lithconia*, de John Driscoll, y *The Paradise within the reach of all Men, without Labor, by powers of Nature and Machinery*, de J. A. Etzler. El primero de estos trabajos apareció primeramente en la revista *The Temple of Reason* (1801-02) de Filadelfia y fué publicado en 1837 en libro. Según Nettlau, "trataría de unir las ideas del tiempo de Thomas Paine y Jefferson con el antiguo comunismo y contiene también una amplia historia de la evolución de la humanidad". La segunda obra apareció en Pittsburg, y es un verdadero di-

tirambo en favor de la liberación de la humanidad por las máquinas". Nettlau agrega esta observación: "Si se piensa en la que llegó a ser la ciudad del acero, Pittsburg, gracias a las máquinas al servicio del capital centralizado, y lo que confiaba el escrito de Etzler, aparecido casi cien años atrás, poder hacer de la naturaleza y del hombre con ayuda de las máquinas, no hay un contraste más triste posible (1).

Entre aquellos que continuaron desarrollando lógicamente la ideología del liberalismo americano en la dirección de la liberación económica, fué Josiah Warren, sin duda, el más importante. Warren nació en 1789 en Boston y procedía de una vieja familia puritana perteneciente a los primeros colonizadores de este país. La familia Warren proporcionó al Estado de Massachusetts toda una lista de personalidades distinguidas, entre ellas también el general Josiah Warren, que murió en la batalla de Bunker Hill, en la guerra de la independencia contra Inglaterra. Josiah Warren, fuertemente animado todavía por el *espíritu de los pioneers*, llegó a Cincinnati a los veintidós años; era entonces esa zona una de las avanzadas de la civilización que penetraba hacia occidente. Vivía allí como profesor de música y maestro de conciertos, hasta que, por el descubrimiento de una nueva lámpara, fué puesto en condiciones de fundar una pequeña fábrica que le aseguró el sostén de su vida.

(1) Max Nettlau: *Der Vorfrühling der Anarchie*; Berlín, 1925.

Warren era un inventor nato; se ocupó toda su vida de ensayos técnicos e hizo toda una serie de invenciones. Pero la vida del joven había de ser dirigida por una senda a la que permaneció fiel mientras vivió.

En 1824 llegó a América el famoso socialista inglés Robert Owen para comprar una gran colonia de los *rappistas* en Indiana, donde quería emprender un ensayo práctico para la realización de sus ideas. Owen se había conquistado ya fama mundial por sus empresas en Inglaterra y encontró por eso en América muy buena acogida. Dió en Washington una serie de conferencias ante el Congreso, el Presidente y el Tribunal Supremo de Justicia y viajó por las ciudades más importantes del país. En ese viaje de conferencias llegó también a Cincinnati, donde le oyó hablar Warren, que quedó profundamente impresionado por sus concepciones. Cuando Owen se dispuso en 1825 a llevar a la práctica sus ideas en *New Harmony*, vendió Warren su fábrica de lámparas para seguirle.

El ensayo de Owen terminó, como tantos otros, con un completo fracaso, cuyas causas más íntimas no podemos discutir aquí. En el breve período de su existencia probáronse sin éxito en la *New Harmony* siete formas distintas de administración. La mayoría de los colonos perdió la fe y volvió con sus esperanzas rotas al mundo burgués. No así Warren. Una clara cabeza filosófica, procuró darse cuenta de las causas profundas de aquel fracaso. Para él, aquel ensayo fué una lección que estimulaba a la reflexión.

Y llegó a las mismas conclusiones a que llegó posteriormente Proudhon; de ahí que fuese calificado por Benjamín R. Tucker y otros a menudo como el *Proudhon americano*.

Warren coincidía con Owen en que el carácter del hombre es determinado esencialmente por el ambiente social en que vive, pero muy lejos de querer reformar a los hombres de acuerdo con un dado modelo, llegó a la convicción de que todo intento de fijar a la vida social formas determinadas tenía que llevar ineludiblemente a la esclavización. Como en la naturaleza la *ley de la diversidad* es la más importante de todas las leyes, así, según la opinión de Warren, la diversidad es la palanca de todo desarrollo cultural, y su expresión es la libertad. Pues armonía y progreso no son posibles sin libertad. Pero ésta no existe en la nivelación igualitaria, sino en la individualización de los intereses y de las necesidades humanas. "El hombre busca la libertad, como el magneto el polo, como el agua la superficie horizontal, y la sociedad no llegará al sosiego hasta que sus miembros sean realmente libres".

La idea de alcanzar la unidad de opinión por el abandono de la libertad personal, aun en la mejor de las circunstancias, conduce a la degeneración. La individualidad, la experiencia y el instinto de autoconservación constituyen los verdaderos fundamentos de toda vida social. Por tanto hay que tener mucho cuidado y no violentar uno de esos principios, o

todos, porque esto tiene siempre por consecuencia el desorden y el caos. Esto es precisamente lo que hace el gobierno sin cesar. En su aspiración por someterlo todo a la misma norma, persigue en vano la ilusión de crear una especie de espejo social que irradie siempre la misma figura.

“Existe siempre una individualidad del rostro, de la estatura, del aspecto, de la voz, que caracteriza a cada uno, y cada una de estas peculiaridades es inseparable de la persona; ésta no tiene poder para apartarse de ellas, pues ellas constituyen su individualidad física, y si no fuera así, la confusión más monstruosa desorganizaría todas nuestras relaciones sociales. Cada cual podría ser llamado con el mismo nombre. Una persona sería tomada por otra. Nuestros conocidos y amigos serían extraños a nosotros, y viceversa... El hecho que esas peculiaridades de cada uno sean inseparables de cada uno, que no sean conquistadas, que no sean separadas o “enajenadas” en cada uno, es, aparentemente, el único elemento de orden social que el hombre no ha derribado o sofocado en su loca carrera de “política” y “utilitarismo”; y esto, además, es escogido como el primer escalón en su ascenso hacia el orden y la armonía.

“He hablado sólo de cuatro de los elementos que constituyen la individualidad física de cada persona, y aun esos elementos están tan diversa-

mente combinados en cada uno que no se encuentran dos individuos con los mismos. ¿Qué debemos deducir, por consiguiente, de las miríadas de combinaciones de impresiones, pensamientos y sentimientos que constituyen la parte mental de cada individuo? Todo pensamiento, todo sentimiento, todo impulso es, en el momento de su existencia, una parte constituyente del individuo como el rostro o la talla; y sin embargo, todas las instituciones humanas nos exhortan a que seamos iguales en pensamiento, motivo y acción. No sólo no hay dos espíritus iguales, sino que ninguno de ellos permanece idéntico a sí mismo de una hora a otra. Viejas impresiones se borran, otras nuevas hacen su aparición; constantemente son formadas nuevas combinaciones de viejos pensamientos, y viejas combinaciones desaparecen. La atmósfera circundante, el contacto de diversas personas y circunstancias, el alimento que nos permite subsistir, las condiciones de los órganos vitales, la circulación de la sangre y otras muchas influencias, todo esto se combina y obra diversamente en cada constitución individual, y, como los cambios del calidoscopio, raramente o nunca se presentan dos iguales, incluso sobre el mismo individuo”.

Partiendo de estos principios, anunció Warren la soberanía del individuo en lugar de la soberanía del pueblo y como, según su condición, cada ser hu-

mano representa una unidad física y psíquica especial, quería que cada cual fuese su propio gobierno y su propio legislador. Es decir, ningún otro debía tener el derecho a inmiscuirse en la formación de la vida personal. Pero en lo que se refiere a las relaciones sociales de los hombres, encuentran éstas su fundamento esencial, según la interpretación de Warren, en el intercambio equitativo de los productos de su trabajo, que excluye toda explotación de los unos por los otros.

Para eso es necesario ante todo que las riquezas naturales como la tierra, los tesoros del subsuelo, los ríos, etc., no se conviertan en propiedad individual, sino que cada cual tenga en las mismas condiciones acceso a las materias primas necesarias, en tanto que éstas sean producidas por la naturaleza misma, sin el trabajo humano. Pero el hombre tiene pleno derecho al producto de su propio trabajo o a la parte de trabajo que realiza junto con otros. Este derecho al producto íntegro del trabajo era para Warren la base de toda libertad personal y la condición necesaria de la armonía social.

Pero para llegar a una apreciación equitativa de los productos del trabajo hay que advertir ante todo que las nociones de la economía política sobre el llamado *valor* se apoyan en conceptos arbitrarios. Esto se aplica tanto al *valor de uso* como al *valor de cambio*. El valor es un concepto indeterminado, ya que depende de circunstancias que en la mayoría de los

casos no se pueden calcular y cambian continuamente. Para un hombre hambriento, un pedazo de pan es el valor más importante. Un enfermo a quien cierta medicina puede salvar la vida, puede, en ciertas circunstancias, es decir, cuando no tiene ninguna otra posibilidad, sacrificar toda su fortuna para obtener el remedio. Pero eso no demuestra que el intercambio que tiene lugar entre el enfermo y el poseedor de las medicinas sea equitativo. Al contrario, al explotar este último la situación de fuerza del enfermo y al fijar en consecuencia un precio arbitrario para sus remedios, obra como usurero y se convierte en el peor explotador, cuya acción está en la más evidente contradicción con los principios de la moral social.

Pero esta circunstancia constituye el fundamento económico de nuestro actual sistema social. El empresario que se aprovecha de la penuria económica del obrero y le roba una parte del producto de su trabajo; el terrateniente que, apoyado en su monopolio de la tierra, que no ha creado él mismo, la arrienda y recibe las rentas; el prestamista que proporciona al productor la suma que necesita éste para su trabajo, y a cambio pretende porcentajes — todos viven a costa del trabajo y obran de acuerdo con el mismo principio, sin crear ellos mismos valores sociales. Al aprovechar la utilidad de un producto para el comprador como medida de su precio, se crea un sistema de explotación que somete a las grandes masas del pueblo a la soberanía económica de una pe-

queña minoría privilegiada, y hace posible también, en cualquier otro concepto, la libre decisión del hombre sobre sí mismo.

Warren llegó por eso a la conclusión de que el precio de un artículo no debe ser determinado por el *principio de la utilidad*, sino por el *principio del trabajo*. En otras palabras: que el tiempo y el esfuerzo que exige la elaboración de un producto es la única medida justa de su precio. Warren llamó a esto *comercio equitativo sobre la base del costo como límite del precio*. Todas las otras determinaciones del valor, según su opinión, sólo tendían a eternizar la explotación del hombre por el hombre y, en consecuencia, a hacer de la opresión política y social un estado de cosas permanente. Adam Smith había señalado ya, en los primeros capítulos de su gran obra *The Wealth of Nations*, el trabajo como medida del precio, y dijo que el trabajo era la primera medida de valor, el dinero originario que se pagaba por todas las cosas. No es por el oro y la plata, sino por el trabajo como han sido adquiridas originariamente todas las riquezas del mundo. Su valor es para los que lo poseen y lo quieren cambiar por algún nuevo producto, exactamente igual a la cantidad de trabajo que puede comprar con él y llevar a su posesión.

Pero Smith no sacó las necesarias conclusiones de este conocimiento y en sus manifestaciones ulteriores no se ocupa más que de las causas que determinan hoy el valor. Lo mismo hizo David Ricardo,

el cual, partiendo de Smith, estableció la jornada de trabajo como medida de valor. Tan sólo Proudhon y después de él Marx sacaron esas conclusiones e intentaron refutar la economía nacional burguesa por sí misma. Pero Warren se adelantó a ambos y llegó a los mismos resultados antes que Proudhon y Marx formularan sus interpretaciones de la *teoría del valor*. Y es interesante advertir en esto que mientras Marx, como la mayoría de los economistas burgueses, distingue entre el llamado trabajo *calificado* y *sencillo*, y concede al trabajador intelectual una mayor indemnización que al obrero ordinario, de manera que una hora del trabajo del médico, del profesor, etc. es equivalente a dos o tres horas del trabajo de un enfermero, de un tejedor o de un jornalero, Warren hizo tal diferencia, pero la mayor indemnización sólo la dedicaba a aquellos que se ocupaban de la ejecución de trabajos pesados, desagradables o insalubres.

En 1827 fundó Warren en Cincinnati su llamado *Time Store*, para convencerse de cómo podría manifestarse en la vida práctica una pequeña empresa sobre la base del *principio del costo*. El *Time Store* era un pequeño negocio en el que se compraban y se vendían todos los artículos producidos para el consumo diario al precio de costo. A ese precio se añadía alrededor de un 4 por ciento para los gastos necesarios de administración. En todo artículo estaba fijado el tiempo que exigía su elaboración. Además, todo comprador tenía el derecho a revisar los libros y las

cuentas del negocio. Warren consideró eso necesario para establecer y fortificar la confianza entre compradores y vendedores. De intermediario servían las llamadas *labor notes*, en las que se consignaba el valor en horas de trabajo, de tal modo que cuatro horas de trabajo equivalían ordinariamente en el cambio a un dólar.

En el *Time Store* no había intentos para influir en los compradores. Todos los artículos tenían su precio fijo, el vendedor era indemnizado por su esfuerzo de acuerdo con el mismo principio, es decir, simplemente por su tiempo, de manera que no podía hablarse de beneficio. Según los datos de su biógrafo, William Baillie, el *Time Store* de Cincinnati fué muy popular, y se encontraron bastantes partidarios dispuestos a recoger los medios necesarios para difundir el sistema del *comercio equitativo*, como lo llamaba Warren. Pero éste, inventor nato y experimentador, no quería, con ese ensayo, más que probar la eficacia práctica de sus concepciones. Sabía que los pequeños ensayos de esta especie no podían cambiar la situación general económica y social, pero esos ensayos habían de servirle para probar prácticamente sus ideas y fundamentarlas como una nueva doctrina, para la cual quería ganar a sus contemporáneos.

Warren era un *pioneer* y vivió en una época en que se pugnaba en los Estados Unidos por reformas sociales en todas partes, y la joven cultura del país ofrecía aún muchas posibilidades para llevar a los

hombres hacia nuevas sendas de la vida social. Warren resolvió por tanto buscar un círculo más amplio de acción. "El público había sido advertido durante varios meses, todas las obligaciones habían sido cumplidas, y después de dos años de operaciones llenas de éxito, el reformador se encontró en la misma posición que al comienzo, pero moralmente más convencido que nunca de la belleza de la equidad y de la necesidad de su realización" (2).

A lo que aspiraba realmente era a la *soberanía del individuo*. Para eso necesitaba un punto de partida económico, que creyó haber encontrado en el *principio del costo*, el cual aseguraba a cada ser humano el producto íntegro de su trabajo. La libertad del individuo no era posible más que sobre la base de una ordenación justa de las condiciones económicas de la vida. Pero esa ordenación tenía que partir de los hombres mismos y no ser esperada por ellos como regalo de un gobierno sabio, del que esperaba toda salvación la mayor parte de los reformadores sociales de las viejas escuelas. Leyes y Constituciones no crean las instituciones sociales, pues éstas brotan de la vida misma. Como aspiran siempre a ajustar todas las palpitaciones del desarrollo social de acuerdo con determinada línea, se convierten a menudo en el mayor obstáculo para todo nuevo desarrollo. Las leyes pueden ser interpretadas por jueces y políticos

(2) William Baillie: *Josiah Warren. The First American Anarchist*; Boston, 1906.

RÜDOLF ROCKER

de distinta manera, y es siempre la letra de la ley la que encadena la vida efectiva y la condena a la paralización. Sólo las relaciones mutuas de los hombres y la igualdad de las condiciones sociales son para Warren resortes de todo progreso.

Nada es más peligroso y perjudicial para el desarrollo natural de las cosas que ligar el porvenir a las leyes del pasado. Sólo la libertad aspira a una constante liberación de la vida. El ciego reconocimiento de formas muertas, que ha consumido hace mucho tiempo su capacidad de vivir, sólo lleva al caos y a la muerte, a la tiranía y a la opresión. En realidad el gobierno no asegura a nadie y no protege nada. No hay ningún dominio de la vida social en el que la asociación voluntaria no hubiese podido lograr mucho más de lo que son capaces los gobiernos. Bajo el pretexto engañoso de proteger a la persona y a la propiedad, los gobiernos han difundido por toda la tierra aniquilamientos colectivos, hambre y miseria. Han derramado más sangre, han causado más muertes y crímenes en las luchas entre sí y por el privilegio de gobernar de lo que habría podido sufrir jamás la sociedad sin gobierno. "Cada uno debe sentir que es el árbitro supremo de sí mismo, que no hay poder en la tierra que deba elevarse por encima de él, que es y debe ser siempre soberano de sí mismo y de todo lo relativo a su individualidad. Solamente así verán todos los hombres un día la seguridad de la persona y de la individualidad".

Para alcanzar algo nuevo no hay que persuadir a los hombres, hay que convencerles. El peor medio es la coacción que no persuade ni convence. Aquí se tocan los pensamientos de Warren con los de Claude Tillier, cuando decía este: "Cuando estamos bajo la presión de la violencia, nuestra libre voluntad es subyugada, y lo que hacemos no es una acción que sale de nosotros, sino un acontecimiento independiente. No somos entonces más que una máquina, que no es responsable de su acción. Sólo el hombre que nos coacciona puede merecer el reproche de lo reprobable de nuestra acción". Warren, a quien interesaba ante todo convencer a los hombres, condenó todo ataque innecesario a determinadas personas, ya que con él no esperaba ventaja alguna para su causa. Así declaró en una carta muy interesante, que Baillie imprimió como apéndice de su biografía.

"He dicho repetidamente que todas las denuncias contra los hombres de negocio como "ladrones y bandidos", porque viven del provecho, son, en primer término, falsas; porque esas palabras, de acuerdo con el uso corriente, se aplican solo a aquellos que se reconocen y profesan como ladrones y bandidos. Pero también carecen de verdad en otro aspecto. Los hombres pueden vivir de los beneficios de sus negocios y no recibir, sin embargo, una décima parte de una compensación equitativa por su tiempo y sus molestias. Es también filosóficamente

erróneo castigar a las gentes por lo que hicieron de ellas su nacimiento, su educación y el ambiente. Y esta actitud hacia ellas es innecesariamente ofensiva e injuriosa y tiende a rechazar a muchos de los mejores y a ponerlos contra nosotros: si pudiéramos atraer su atención lo bastante para ser entendidos, podrían contribuir voluntariamente a la salvación de la revolución deseada. Por tanto, esas denuncias salvajes son injustas, suicidas, absurdas y ridículas”.

El mismo hombre que rechazaba fundamentalmente al Estado, declaró “que no habría de existir algo así como un cuerpo político — ni miembro de un tal cuerpo que no fuese la familia humana”, no atacó jamás a un gobierno particular, pues estaba firmemente convencido de que los hombres comprenderían la esterilidad de todo gubernamentalismo con el tiempo, mediante la fundación de instituciones especiales ajustadas a sus propósitos y necesidades personales. Ese punto de vista no solo correspondía a la filosofía social de Warren, sino que halló también sus puntos de apoyo en el hecho de que los Estados Unidos dejaron abierto en aquel tiempo a los iniciadores numerosas posibilidades para una experimentación libre en el terreno social. El iniciador en América ocupaba en muchos aspectos el puesto del revolucionario social en Europa.

En 1833 fundó en Cincinnati *The Peaceful Re-*

revolutionist, un semanario de cuatro páginas que escribía y componía el mismo e imprimía en una máquina de su invención. La hoja tuvo breve existencia, pero fué el primer periódico anarquista que ha existido. El anarquismo en los Estados Unidos no fué, pues, un producto extranjero, sino que tuvo aquí partidarios y representantes convencidos antes aún de que Proudhon hubiese publicado su obra sobre la propiedad y los fundamentos del gobierno (1840).

Warren se ocupó detenidamente de los problemas de la educación práctica y fué también precursor en este dominio. Fué uno de los primeros que sostuvo la enseñanza práctica activa y quiso unir la escuela al taller. Fiel a sus ideas, era contrario a toda disciplina mecánica y vió en el desarrollo de la individualidad del niño el verdadero fundamento de toda educación. Preparar al niño para sus ulteriores tareas en la vida le pareció lo esencial. En este sentido escribió en su libro *Equitable Commerce*:

“El poder educativo existe en todo lo que nos rodea. Si hemos de tener educación para preparar los niños para la vida futura, la educación debe abarcar entonces aquellas prácticas y aquellos principios que serán exigidos en la vida adulta. Si hemos de hacerles practicar la equidad entre sí en la vida adulta, debemos rodearles de prácticas equitativas y tratarles equitativamente; si queremos que los niños respeten los derechos de propiedad en otros, tene-

mos nosotros que respetar sus derechos de propiedad. Si hemos de hacerles respetar las peculiaridades individuales y la libertad personal de los otros, tenemos que respetar nosotros las peculiaridades individuales y la libertad personal de los niños. Si queremos que conozcan y reivindiquen para sí la consideración propia del trabajo en la edad adulta, tenemos que asegurarles la consideración de su trabajo en la niñez. Si hemos de capacitarles para la confirmación y afirmación en la vida futura, tenemos que darles la posibilidad de hacer lo mismo en la infancia y en la juventud. Si queremos que en la edad adulta sean capaces de auto-gobierno, deberán practicar el derecho de gobernarse a sí mismos en la infancia. Si hemos de enseñarles a gobernarse racionalmente, teniendo en vista las consecuencias de sus actos, ha de permitírseles que se gobiernen sufriendo las consecuencias de sus actos en la infancia. Los niños son principalmente hechuras del ejemplo. Si les maltratamos, ellos se maltratarán unos a otros. Si ven que nosotros intentamos gobernar a otros, ellos imitarán la misma barbarie. Si admitimos habitualmente el derecho de auto-gobierno en cada uno y en ellos, se volverán igualmente respetuosos de nuestros derechos y de los derechos de los demás”.

Warren hizo en el curso de su vida toda una serie de ensayos prácticos con sus ideas, ensayos que

no pueden ser mencionados en sus detalles en este breve estudio. Su primer intento, la creación de una *aldea de la equidad*, fué emprendida en 1835 con una media docena de familias en el distrito de Tuscarawa, Ohio, pero tuvo que ser abandonado muy pronto, porque se comprobó que el clima era perjudicial y la mayoría de los colonos habían sido atacados por la malaria. Después de un nuevo experimento de *Times Store* en New Harmony (1842-44), que al principio fué recibido muy hostilmente por los pequeños comerciantes de la comarca, pero que al fin hizo que estos, bajo la presión de la opinión pública, ajustasen sus precios al mismo principio, llegó Warren nuevamente a su antiguo plan de fundar una pequeña comunidad sobre la base de sus ideas. En el intervalo se ocupó de algunos inventos de gran éxito, dió conferencias para hacer accesibles sus pensamientos al público y publicó en 1846 su obra sobre *Equitable Commerce*, en la que describió vivamente los resultados diversos de sus experiencias prácticas.

La fundación de la aldea *Utopía* en Indiana, en junio de 1847, fué el primer intento para poner en marcha una pequeña comuna sobre la base del *principio de costo*. El ensayo fué iniciado con muy pocos medios, pero se conservó completamente, según la descripción de Warren y de otros colonos, en lo relativo a la organización interna de la empresa. Baillie publicó en su libro sobre Warren una carta de uno de los colonos, E. G. Cubberley, el cual informa al

respecto: “Los billetes de trabajo nos colocaron en una sociedad de reciprocidad —el resultado fué que en dos años doce familias se encontraron con hogares que jamás habían poseído antes... El capital-trabajo lo hizo todo. Yo construí una casa de ladrillo de un piso y medio de altura, y todo lo que me costó fueron 9.81 dólares —el resto fué realizado mediante el cambio de trabajo por trabajo. El señor Warren tiene razón, y el camino para recuperar todo el trabajo que hemos dado es el del precio de costo del trabajo—, los precios en moneda, sin ningún prejuicio normativo, nos han engañado siempre”.

La empresa tuvo que ser interrumpida a causa de influencias externas. El precio de la tierra circundante fué elevado tan monstruosamente por las especulaciones, que la colonia no pudo extenderse. Por eso la mayoría de los colonos se vió obligada a emigrar a Minnesota, donde la tierra podía ser adquirida aún en condiciones más favorables.

De todos los ensayos prácticos que emprendió Warren, la fundación de la colonia *Modern Times* (1850) en Brentwood, Long Island, no lejos de New York, fué la más próspera. La colonia existió aproximadamente doce años. Sus habitantes se sostenían con la agricultura y con pequeñas empresas industriales. Mientras en tantas otras colonias socialistas los continuos intentos de tutela de los dirigentes, tras un período mayor o menor de descontento general, llevaron en la mayoría de los casos a la decadencia de la empre-

sa, en *Modern Times* imperaba una convivencia completamente armónica y solidaria. Cada cual vivía a su modo y permitía a los otros hacer lo mismo. El principio: *Mind your own bussines!* era la única ley que allí regía. La vida personal no estaba sometida a ninguna norma determinada. Cada cual se conducía según el propio gusto y todos los asuntos sociales eran regulados por libre acuerdo. El intercambio se operaba sobre la base del *principio de costo* y aseguraba a cada uno el producto íntegro de su trabajo, que podía emplear según su capricho.

La colonia causaba hacia afuera una buena impresión. “Anchas avenidas, calles sombreadas por árboles, hermosas casitas rodeadas por plantaciones de fresas y huertas bien cultivadas, formaban la apariencia exterior de *Modern Times*”. Toda una serie de conocidas personalidades que visitaron *Modern Times*, recibieron una impresión muy favorable de los hombres y de sus instituciones. Moncure D. Conway, que hizo una primera visita a la colonia en 1859, describió muy simpáticamente las impresiones que había recibido en la *Fortnightly Review* (1865) y después en su *Autobiography* (1905). Y es interesante, también, lo que dijo sobre Warren:

“Entró entonces un hombre a quien todos mostraron un profundo respeto, y que fué introducido como el reformador, para la realización de cuyas ideas había sido establecida la aldea. Era un

hombre bajo, robusto, de unos cincuenta años de edad, tenía unos ojos azules brillantes e inquietos, y algo de inquieto también en sus movimientos. Su frente era ancha, y bajaba hasta unas cejas bien pobladas; la parte inferior de la cara, especialmente la boca, no tenía la misma fuerza, pero indicaban un suave entusiasmo. Hablaba con facilidad, con rapidez, y estaba enteramente absorbido por sus ideas sociales. Daba gusto escucharle, pues no era de ningún modo uno de aquellos reformadores que, habiendo luchado contra el mundo, lo odiaban con genuina animosidad filantrópica, sino uno que nunca había sido del mundo, que nunca había sido agitado por sus reclamaciones ni movido por sus temores — uno que no estaba lleno de negaciones, sino divertido con un montón de nuevos pensamientos y aspiraciones, que para él eran convicciones directivas. “Todo hombre —dijo Goethe— es bastante fuerte para imponer sus propias convicciones”, y la afirmación tenía para mí una ilustración curiosa en la habilidad con que este hombre me impresionaba con el sentido de una verdad esencial en sus ideas y planes para reemplazar instituciones que han surgido en las lejanas edades de la historia”.

Si *Modern Times* tuvo al fin que disolverse, hay que atribuirlo principalmente a la falta de capital. Los colonos no podían, naturalmente, producir por sí

mismos todos los productos que necesitaban, y las *labor notes*, que bastaban completamente para el cambio en el propio ambiente, no tenían crédito fuera de allí. Pero un resultado indisputable tuvo el ensayo de Warren en doce años de experiencias cotidianas. Mostró que la base de todo nuevo experimento social tiene que ser la *libertad personal*.

Sin esa libertad, los grupos humanos asociados no son más que un cuerpo sin alma. Warren tuvo ese gran reconocimiento por base de todo lo que ha pensado, escrito y obrado, y permaneció fiel a esa convicción hasta el final de sus días.

Toda la propagande de Warren estaba atemperada a esa circunstancia. Quería ante todo convencer. Por eso se apoyó poco en las asambleas públicas, que incitan a muchos, pero llevan a pocos el germen profundo de una causa. Su medio más importante eran las llamadas *Parlour Conversations*, una institución permanente en *Modern Times* — conversaciones espontáneas en pequeños círculos, donde era más posible profundizar los pensamientos que en los grandes actos públicos. No era un teórico puro, sino un iniciador, un hombre de acción práctica. Tan solo cuando se convenció de la realizabilidad práctica de sus puntos de vista, se decidió a fijar por escrito sus experiencias. Escribió proporcionalmente poco, pero lo que tenía que decir fué por eso tanto más importante. Warren era, según toda su naturaleza, un hombre que obraba en favor de sus ideas principalmente por

el ejemplo práctico. Sus ensayos fueron sin duda primitivos, lo que, en las circunstancias en que vivía, no podía ser de otro modo. Pero supo obrar con una abnegación y una disposición para el sacrificio que solamente se encuentran en los seres inspirados plenamente por un gran pensamiento y por la profunda convicción de que a ese pensamiento pertenece el porvenir.

Warren ha influido con sus ideas en toda una serie de personas importantes. Su primer ensayo en Cincinnati, que duró dos años, despertó la atención de Robert Dale Owen, hijo de Robert Owen, que publicaba entonces en New York, con Frances Wright, la revista *The Free Enquirer*. Una invitación de Owen llevó a Warren a New York, y su influencia se puede comprobar incluso en esa misma revista. Frances Wright, la primera mujer abogada de América, partidaria del control de la natalidad y enemiga de la esclavitud de los negros, demostró la más viva simpatía por las ideas de Warren. También Stephen Pearl Andrews y C. T. Fowler fueron ganados a la causa de Warren por las *Parlour Conversations*. Es innegable que Henry George recibió también la influencia de esas ideas.

Ensayos en el sentido de Warren fueron emprendidos también en Filadelfia y en Boston. Según la exposición de William Baillie, la empresa de Boston prometía el mejor de los éxitos. Un idealista de nombre Keith, que disponía de algunos recursos, fué ga-

nado en 1855 para las ideas de Warren y abrió en el mismo año en Boston la *House of Equity*, un edificio de siete pisos, que llenó de artículos de toda especie, vendidos al precio de costo. Ya en la primera semana tuvo la casa una entrada de mil dólares diarios. Estimulado por ese éxito, alquiló Keith un gran edificio para dar a su iniciativa una mayor base. En el plan que había trazado se había propuesto también una gran panadería, que procuraría a la población pan sano a precio de costo. Además tendría la casa un departamento especial para fines educativos. También habría de ser impreso en talleres propios la revista editada por Keith, *The People's Paper*. Pero cuando la casa estaba en marcha, se produjo un incendio y destruyó una fortuna de muchos miles de dólares. Keith, que al mismo tiempo había sufrido otras grandes pérdidas financieras, hubo de renunciar a la empresa, que había comenzado con tantas esperanzas. Baillie cita en su biografía de Warren la frase siguiente de una noticia de redacción del *Post* de Boston: "La "Equity House" de Boston ha paralizado su actividad — una nueva prueba de la inseguridad de los proyectos humanos. No obstante, tenía esa empresa por fundamento una idea que, aunque solo desarrollada parcialmente, no puede ser destruída por mil accidentes".

Las ideas de Warren encontraron también en Inglaterra una resonancia. El conocido reformador social J. Bronterre O' Brien fué partidario del prin-

cipio de costo y A. C. Cuddon, un amigo personal de Warren, que había visitado *Modern Times*, actuó en su sentido. En una asamblea de la *British Association for the Advancement of Science*, leyó William Parr, de Dublín, un ensayo sobre la filosofía y las experiencias prácticas de Josiah Warren. También John Stuart Mill fué atraído hacia la obra de Warren y habló en su *Autobiography* del “notable americano Josiah Warren, que desarrolló una teoría sociológica fundada en la soberanía del individuo”.

Las publicaciones owenistas reprodujeron a menudo fragmentos de las *Periodical Letters* de Warren. G. J. Holyoake mencionó a Warren como corresponsal del *British Co-operator*. En su libro *The History of Co-operation* escribe acerca de Warren: “Escribió desde Cincinnati, 30 de enero de 1830, para recomendar un sistema de impresión barata del que era inventor. Considerando absurdo el poder de dar un monopolio por las patentes, hace conocer su método y lo ofrece al que quiera adoptarlo... Como Paine, Warren hizo donación al pueblo de aquellos derechos de invención y de libros que, en el caso de Paine, hicieron ricos a otros y dejaron pobre al autor. El mundo, que está siempre dispuesto a burlarse de los reformadores porque son siempre pobres, debería recordar como han llegado a serlo. Merecen ser mencionadas también las correspondencias de América en el *Leader* de Londres, en las cuales H. Edger hizo conocer las ideas de Warren a los lectores de Inglaterra. Es al

menos muy probable que también Robert Owen haya sido influído por el *principio de costo* de Warren en sus ensayos de los *Labor Baazars* y *Labor Exchages* londinenses. En América se hizo sentir su influjo en un gran número de reformadores sociales y toda la escuela del anarquismo filosófico en este país, desde Stephen Pearl Andrews a Benjamín R. Tucker, estuvo bajo el pendón espiritual de esas ideas.

En julio de 1854 comenzó Warren la edición de sus *Periodical Letters* que, aun cuando con interrupciones, aparecieron hasta 1858. Los años posteriores de su vida fueron ocupados por los viajes, las invenciones y la propaganda en favor de sus ideas. El último volumen de su obra principal, *True Civilization*, la escribió en casa de su amigo Ezra Heywood en Princeton, Massachusetts. Víctima de una grave enfermedad, pasó los últimos meses en la casa de su amigo Edward H. Linton, de Boston, donde fué atendido hasta el fin por Kate Metcalf, una de las iniciadoras de los *Modern Times*. Murió el 14 de abril de 1874 a los setenta y seis años de edad, rodeado por un pequeño núcleo de adeptos fieles. Saludó la muerte como una liberación, pues la gota le había imposibilitado el movimiento desde hacía tiempo. Al fin de esta obra encontrará el lector una reseña de sus escritos.